

SÁNCHEZ, BASILIO: *Los bosques de la mirada*

La poesía de Basilio Sánchez, publicada a lo largo de 25 años en editoriales de alcance nacional, ha tenido una consistente acogida por parte de la crítica, que ha reseñado sus libros al paso de su edición. Críticos y poetas españoles muy prestigiosos como Ángel Luis Prieto de Paula, Antonio Colinas, Miguel Casado o Antonio Ortega han escrito muy perspicazmente sobre la poesía de Basilio, sin contar, por supuesto, con las páginas que le han dedicado los escritores extremeños más dotados, como Álvaro Valverde, Miguel Ángel Lama, Diego Doncel o Ángel Campos. En esta reseña trataré de estructurar aquello que mejor puede caracterizar la escritura de nuestro autor, matizándolo con algunos comentarios personales surgidos de mi experiencia como lector de esta poesía.

La obra poética de Basilio consta de 7 libros digamos canónicos, *Los bosques interiores*, *La mirada apacible*, *Al final de la tarde*, *El cielo de las cosas*, *Para guardar el sueño*, *Entre una sombra y otra* y *Las estaciones lentas* además de su primer libro, *A este lado del alba*, no recogido por el autor en la recopilación de su obra completa, *Los bosques de la mirada*¹, que incluye además, unos cuantos poemas inéditos.

La voz de Basilio Sánchez se muestra muy claramente definida desde su primer libro y se hace perfectamente reconocible en todos y cada uno de los libros sucesivos: los temas que trata son básicamente los mismos, el tono de su dicción, los símbolos que maneja, al intención que le mueve, el alegato moral que subyace a sus poemas, no cambian y, podríamos por tanto, estar tentados a decir que Basilio lleva 25 años escribiendo obstinadamente el mismo libro. Pero también podríamos decir que Basilio lleva 25 años escribiendo obstinadamente libros diferentes, pues todos los suyos tienen una fuerte estructura interna, se articulan en torno a unas claves propias y son poderosamente autónomos. Se percibe, además

¹ *Los bosques de la mirada*, *Poesía Reunida*, Basilio Sánchez (Calambur, Madrid 2010).

en el conjunto de su obra, una clara evolución, en lo formal hacia la transparencia, y en el sentido, hacia una mayor sabiduría poética y vital. Si interpretáramos *Los bosques de la mirada* como la *Vita di un uomo* (el título que dio Ungaretti a la complicación de su obra completa) veríamos que esos libros son las etapas sucesivas de la vida de un hombre que ordena sus cosas; un hombre que no puede dejar de ser el que es, pero es un hombre distinto cada vez: y en este caso, un poeta mejor cada vez y, por tanto, un hombre cada vez mejor.

Podríamos caracterizar la poesía de Basilio Sánchez como una poesía mediática, de un sereno tono elegíaco –aunque no se trate de un poeta estrictamente elegíaco– y de honda, muy honda raíz simbólica. Una poesía de la mirada, o más precisamente, una forma de mirar el mundo. Es una escritura que, alejándose de la poesía de la experiencia, recrea una experiencia poética de rara intensidad, que busca la serenidad y el sosiego ante la incertidumbre de la existencia, en la que la observación precisa y el conocimiento de la naturaleza y de las cosas que le rodean no son más que el trasunto del conocimiento interior del propio poeta y, por tanto, del conocimiento interior de cualquiera de sus lectores que, en conciencia, somos el mismo. Es una poesía que renuncia implacablemente a todo lo que desborda su intimidad y se rige por la emoción contenida –que emociona más que cuando se desborda–, huyendo de la desmesura y el efectismo. En esa serenidad de su decir, los poemas se alzan como una revelación y nos acercan al conocimiento (y en esto, que es ciertísimo, Basilio colma con creces el precepto de W. Stevens para quien la poesía ha de ser algo más que una concepción de la mente, ha de ser, precisamente, una revelación de la naturaleza, pues las concepciones son artificiales pero las percepciones, esenciales). La poesía de Basilio Sánchez está atravesada además por una honda reflexión sobre la condición humana: «Alguien dijo hace tiempo que la felicidad –sólo puede alcanzarla– una ser en permanente sufrimiento» (en *Para guardar el sueño* hay un hermoso poema con este título, *La condición humana*, que remite a la extraordinaria trilogía cinematográfica de este título de Kobayashi, pues creo que el director japonés y el poeta cacereño pulsan la misma cuerda de la piedad, de la piedad entendida como «el trato adecuado con lo otro y con los otros» en palabras de María Zambrano). Este asedio a la condición humana cristaliza en una visión poética construida a la medida del hombre: para reconocerse en lo que este poeta dice, no hace falta nada, no hace falta ordenador ni huerto, basta con estar aquí, en esta habitación, en este mundo, ser hombre, ser «humano».

Este volumen con la poesía reunida de Basilio Sánchez comienza con *Los bosques interiores* (1984-1993) su primer libro canónico, reescrito con posterioridad a la fecha de su publicación –cosa poco frecuente en Basilio– y en el que se manifiestan todas las características esenciales de su voz poética, que luego se irán depurando. En el prólogo, José Luis Puerto lo define como «Una vertiente interior de conocimiento y de belleza para que descubramos la vertiente mítica y ritual de la vida y del mundo, aquella en la que acaso se halle nuestro sentido más hondo». Le sigue *La mirada apacible* (1996), libro fundamental y fundacional, y título que podría ser el emblema heráldico de Basilio Sánchez. Es el libro que reconcentra

el núcleo más profundo de su poesía y se editó prologado por Antonio Colinas quien identifica a Basilio como un poeta de los que «utilizan la palabra poética para metamorfosear la realidad y, al hacerlo, enriquecerla o desentrañarla». Y es que, aunque, como luego se dirá, la poesía de Basilio se cimenta en la atención minuciosísima que se presta a la realidad, no pretende ser una copia al natural, es más bien la transformación de la realidad al pasar por la *camera obscura* de la mirada del poeta. De su tercer libro, *Al final de la tarde* (1998), dijo certeramente Miguel Casado que «Se trata de una meditación elegíaca sobre la vida y el paso del tiempo; pero más que desarrollarse un proceso meditativo como tal, los poemas construyen la figura de quien vive en ellos, las cosas de su entorno, y la *trama de este conjunto funciona como honda manera de pensar*». Esto, que es perfectamente aplicable al conjunto general de su obra, merece una clave fundamental: el carácter meditativo que atribuimos a su poesía no se corresponde con el razonar de un filósofo, es una meditación poética, que se va configurando sobre el hilo poemático en el que teje y desteje los símbolos, las metáforas y las imágenes del mundo. *El cielo de las cosas*, del año 2000, es un libro de prosas poéticas atípico en la producción de nuestro autor, pues nace casi como de encargo y se origina en un viaje a la comarca cordobesa de Los Pedroches. Tomás Sánchez Santiago lo afilia «a esa poesía del interior, de carácter órfico y clave meditativa, que viene de los ascets y quietistas del siglo XVI». Este crítico señala cierta influencia hebraica sobre la que se afianza la poesía de Basilio, visible también en varios otros de sus libros, como cimiento de una cultura que encuentra algunas de sus referencias más antiguas y duraderas en el relato bíblico y en la forma versicular de su poesía. *Para guardar el sueño*, de 2003, es un libro de amor, o un libro en el que el amor, que nos guarda el sueño, sirve de gozne para articular una reflexión sobre la necesidad de refugio de la condición humana. Miguel Ángel Lama lo califica como el más *doméstico* de sus libros, es decir, aquel en el que el símbolo de la casa, recurrente en toda la obra de Basilio desde *La mirada apacible*, adquiere un mayor protagonismo. *Entre una sombra y otra* (2006) se plantea con una estructura de diario o de diálogo meditativo del poeta consigo mismo –o con su otro yo complementario– acerca de la posibilidad de autoconocimiento que la poesía ofrece. Finalmente en el hermosísimo *Las estaciones lentas*, de 2008, el más metapoético de sus libros, la escritura de Basilio adelgaza hasta conseguir una asombrosa naturalidad.

En su conjunto, la poesía de Basilio Sánchez es, efectivamente, una poesía de la mirada, pero también del oído y no sólo por la prosodia serenísima y la respiración natural de sus versos, cuyo virtuosismo dominio técnico se transparenta hasta hacerse hacia sus últimos libros, invisible, imperceptible, superfluo, sino porque el poeta está atento al ruido del aire, al rumor de las aguas, hasta al más leve murmullo de las hojas o del crujir de una viga, y la tensión entre el sonido y el silencio opera como un elemento poético de primer orden:

porque nada concede mayor veracidad a su silencio
que el ruido de sus pasos

... y es el deseo
 el que ahora me lleva
 a escrutar los sonidos
 apenas perceptibles de esta casa...

En general, se trata de una poesía que, siendo muy meditativa, es muy sensorial, una poesía fundamentada en la atención, que como dijo Valéry, es una facultad lírica. El poeta mira con atención la realidad y aspira a ralentizar la mirada, hacerla inmóvil.

Una mira es lenta
 cuando todo transcurre sin que nada
 pueda ser percibido sino en su indivisible
 y a menudo cambiante realidad;
 cuando confluyen
 lo continuo y la anécdota, lo oculto y lo probable,
 su corazón y el nuestro.
 Y más adelante exclama:
 Y alcanzar, finalmente, esa mirada inmóvil,
 la que nos sobrevive,
 la huella que en el agua deja el paso del aire.

Ya se ha comentado que Basilio se muestra fiel a unos cuantos símbolos recurrentes. Estos son la casa, el árbol, el bosque, la noche, el frío... Voy a comentar algo sobre uno de los más importantes, el ámbito en el que habita la mirada, la Luz. La luz y su correlato natural de sombra. La luz entendida como la luz solar del día, pero también la luz interior de las casas, la luz de las lámparas que bajo su círculo resplandeciente permite la lectura, la contemplación, el resguardo, la compañía. El poeta está atento y percibe con la minuciosidad de un miniaturista la condición de la luz en cada momento, de una aturdida, o inmóvil, o desmayada, desportillada, compartida; de una luz solitaria o sobresaltada, de una luz violeta, sucesiva, múltiple... Ve la luz en su quietud, pero también y sobre todo, en su transición, lo que le sirve para subrayar la emoción y la meditación (que como dijimos antes es un tejerse los elementos del paisaje, los objetos y las múltiples figuras del poeta), y dar el contrapunto a la materia del poema, de modo que la luz se convierta así en un elemento estructural de esta urdimbre. En la obra de Basilio, cada advenimiento de la luz llega como el mundo naciera en ese momento;

La luz, bajo los árboles, aún tibia
 como el pecho de un pájaro en el límite
 de su propia existencia.

Así ha entrado la luz:
 como la abundancia exacta, levemente,
 como cruzan el aire
 las hojas de los árboles durante su descenso.

Como sale a la calle
una mujer de ojos soñolientos
que nunca supo nada de la larga
travesía de sus hijos,
va comenzando el día,

Añoro la ceguera que es un punto de luz.

Los sutiles cambios de la luz, provocan en los objetos, en los animales y en las personas de esta trama poética, efectos misteriosos que sólo la atención retiene:

Palidecen, bajo el arco nocturno,
los labios de los músicos. Es un fulgor extraño
que interrumpe la danza y hace rodar las flores
de los cuencos de vidrio

el cansancio violeta de la tarde
sobre el borde del día y las paredes
vencidas de la casa, complacientes
en la cosmogonía de su sombra.

La luz artificial nos conforta, nos permite habiar humanamente:

Al final de la calle
la luz de una farola traza en medio de un círculo
su representación de la piedad.

He encendido las luces de la casa
para alumbrar la noche,
para restablecer el equilibrio entre tu mano y la mía.

Se podrían multiplicar los ejemplos, pero bastan los dos citados para subrayar la importancia esencial de la luz, de la mirada que traspasa la luz, en la obra de Basilio; la luz es la casa de la mirada, pero, siento esto así, *el ojo ve menos de lo que dice la lengua, la lengua dice menos de lo que piensa la mente*, no basta con ver, luego hay que escribir el poema, y un poema no se construye con miradas, ni con fotones, ni con elementos del paisaje o los objetos de la estancia, ni siquiera con buenos sentimientos: el poema se hace con palabras. La reflexión sobre el nexos que une al autor con la palabra poética recorre toda la obra de Basilio y en el último y extraordinario libro *las estaciones lentas* se convierte en el tema principal. Basilio Sánchez, que es médico, es decir, profesionalmente sin vinculaciones con la literatura (aunque ejerce una profesión en la que la atención y la mirada son también esenciales), es un autor que nunca ha transigido ni lo más mínimo con la exigencia formal y su obra, y es desde el principio un poema perfectamente consciente de los requerimientos de su oficio –sobre el que reflexiona sabiamente mientras urde la trama de su poesía– al que no hallaréis incurriendo en ingenuidades.

Si bien el carácter «aplicable» de la poesía de Basilio no admite discusión, no deberíamos confundir esta apacibilidad, serenidad y mesura con conformidad o convencionalismo, porque entre sus versos habitan el fulgor, el sobresalto, la turbación y el desasosiego. He ido leyendo los libros de Basilio a medida que se publicaban y, desde el primer momento, su poesía me ha gustado mucho, pero sobre todo sus primeros libros, digamos los anteriores a *El cielo de las cosas*, a veces me turbaban de una manera extraña, quizá porque surgen alusiones a un temor esencial que en medio de estos versos que aspiran a la serenidad hacen un efecto demoledor. De manera contenida, como lo es todo en esta obra, subyacen hondas preguntas de difícil respuesta: sobre todo aparece el temor; los poetas hablan a menudo del dolor, pero cuando al miedo se le llama miedo, el hombre se enfrenta a su más desnuda verdad. La mirada del poeta busca en la contemplación el refugio y la sereidad, busca vencer el miedo, pero el miedo está ahí:

Somos parte de un pueblo amenazado
nos acecha la muerte
desde la ceremonia de la fertilidad

con el temor, acaso, del que ha vivido
otras estaciones efímeras

ahora siento temor ante las cosas

convocados ahora por esa llama transparente del miedo

ahora tengo temor a no encontrarnos
a no hallar nuestras huellas

Sin embargo, creo que en los libros posteriores eso se atempera como si el hombre que los escribió, aun sin haber encontrado las respuestas, se mostrara más capaz de aceptar la incertidumbre, más seguro en la tierra que amorosamente pisa, más acompañado en la cercanía de las personas que ama, más dispuesto a la aceptación de la vida:

Ahora que, ante tus ojos
me voy volviendo viejo y empiezo a emocionarme
sin motivo, casi siempre por nada.

Aparecen también en la obra de Basilio, versos extraordinarios y extraños, que modulan la filiación clásica de esta poesía. Dijo alguien que la alegría en la poesía es una característica preciosa, pero debería ser una característica de la dicción; bueno, pues con la dicción de este poeta aparecen como piedras preciosas una buena cantidad de versos enigmáticos en su enunciado y en su sentido, versos de filiación onírica o surrealista, tamizados quizá por la influencia de autores como Gamoneda, pero que fulgen como broches de oro, que son una alegría del decir:

«Siete veces he cruzado la noche
bajo la luz del día».

«Un animal que paca de las adormideras
el cansancio violeta de la tarde...».

«El ruido
que divide a la noche en sus dos gatos siameses».

«De mi vida conozco algunos setos».

«Llueve en el corazón de las manzanas».

La obra inacabable de Basilio Sánchez, felizmente reunida en este libro, *Los bosques de la mirada*, nos ofrece la apacibilidad y la maravilla en la trama de su hondo discurrir. Escrito a la escala precisa de nuestra humana condición, valga el fulgor de este poema:

PRIMERA LUZ

Ha sido esta mañana
al doblar una esquina: en medio de la calle,
envuelto en un silencio levemente violeta,
el sentimiento de vivir.

Eduardo Achótegui